Poemo

Me asomé a la balcona
y contemplé la ciela
poblada por los estrellos.
Sentí fría en mi caro,
me froté los monos
y me puse la abriga
y pensé: qué ideo,
qué ideo tan negro.
Diosa mía, exclamé:
qué oscuro es el nocho
y que solo mi almo.
Y perdido entre las vientas
y entre las fuegas,
entre los rejos.

El vido nos traiciona,
mi cabezo se pierde,
qué triste el aventuro
de vivir. Y estuvo a punto
de tirarme a la vacía…
Qué poemo.
Y con lágrimas en las ojas
me metí en el camo.
A ver, pensé, si las sueñas
o los fantasmos
me centran la pensamienta
y olvido que la munda
no es como la vemos
y que todo es un farso
y que el vido es el muerto,
un tragedio.

Impreso en Bogotá

De lo que aconteció a Lizanote en Sevilla o La promesa del paraíso y la amenaza del infierno y otros poemas
Jesús Lizano
(1931-2015)

Siempre es lo mismo:
amenaza del infierno
y promesa del paraíso.

Inconfundibles
y confundidos…

Y esto es lo que aconteció
a Jesús Lizano el bueno

al que comparte contigo
—no sé por qué
encantamiento—
el verdadero sueño,
en verdad, el único,
en mi soledad perdido.

Pero en cambio, ah,
en cambio,
la amenaza del infierno
de otros ojos me vino,
una mirada infernal
para envenenar mis sueños,
que mil pedazos hizo
mi ilusión, aquella
por la que vivo.

no intriga,
música,
sueños en lugar de rádares,
coplas, no discursos
y arengas,
viajes, no desfiles,
licencias poéticas,
no reclutamientos,
no fronteras,
soñadores,
no dominantes
y dominados,
la conquista
de la inocencia
no la conquista del mundo,
nocturnos, no dianas,
no sectas, no mafias,

libertad, no victoria,
verso libre en lugar
de reglas,
molinos en lugar
de gigantes,
niños con piel de hombre,
no asesinos
con piel de justicieros,
romances en lugar
de estrategias,
alas
para las mentes, no rejas,
aventuras,
en lugar de tácticas,
liras, no tambores,
personas curvas,
no personas rectas,

Indeseable sombra
cruzada en mi camino
—penumbra
de los caminos—,
tus ojos violentos,
tu voz convertida en látigo,
mensaje del dominio.
Nunca sean tus manos
dueñas de mi delirio
amoroso, nunca
tu cuerpo sea mi cuerpo
ni tu destino mi destino.

Allí estabas para hundir
toda esperanza
en el vuelo,
veneno de los sentidos,

en Sevilla, junto al río
que va a morir en la mar.
Porque siempre es lo mismo.

Pero qué fue en esta historia
el paraíso: el paraíso
fuiste tú, increíble vuelo
que ya en el mirar prometes
el placer infinito,
el sueño de los sueños,
la plenitud de los sentidos.

La claridad de tus ojos,
tú misma un faro divino,
prometiendo
llegar a dónde sólo
llegan los elegidos.

Fragilidad encendida,
cuerpo delicadísimo,
alma mejor que cuerpo,
prometiendo
gozos interminables
en los que al fin eres libre,
en donde todo es lo mismo.

Desde el primer momento
supe que enamorarse
de ti ha de ser pasar
al calor del frío
en un instante, a ser
del no ser cautivo.

Promesa de plenitud,
ay, cómo envidio

amenaza del infierno,
no el imaginario
¡el nuestro!

No pude ver tus dientes
pero sí tu maleficio:
por él quedé mordido.
Todos, al verte,
han de quedar mordidos.

Y tuve que llamarte,
aurora de los pradillos,
dulcinea si las hubo,
si Caballero ha habido,
para volver a soñar,
promesa del paraíso
(no el falso, el compartido…)

en tus encantos, ah, limpio
y libre manantial
de abrazos y de suspiros.

Dejadme de una vez
fantasmas corrompidos
soñar al menos que existe
el amor inaudito.

Promesa del paraíso,
amenaza del infierno:
siempre lo mismo.

Inconfundibles
y confundidos…

Tras toda, nado.
Vivir. Morir:
qué mierdo.

La columna poética

Versos
en lugar de soldados,
olivos en lugar de mástiles,
fiestas, no trincheras,
no fusiles,
estrofas,
flores en lugar de banderas,
jardines,
no cercos, no checas,
no uniformes,
poemas,
ingenuos en lugar
de espías,

únicos y compañeros,
no grandes parlamentos,
pequeñas asambleas,
odas,
cánticos,
no juicios, no trompetas,
ideas al servicio de las vi-
das,
no vidas
esclavas de las ideas,
de sus profetas,
románticos,
no jefes y subalternos
(¡plaga
de jefes y subalternos!),
líricos,
no fanáticos,

contemplación
no ordeno y mando.
¿Cómo?
¿Cuándo?
¡Adelante
la columna poética!